

ULTIMAS ESCARAMUZAS DE LA VIRTUD O LOS INFORTUNIOS DE LA POESIA ESPAÑOLA

J. M. CABALLERO BONALD

HACE años que no publico nada sobre la poesía que escriben los demás, entre otras cosas porque me considero un muy deficiente y versátil lector de la poesía que los demás escriben. No se trata, claro es, de ninguna suerte de petulancia, sino de una bien modesta inclinación al orden. A lo más que llego en este sentido es a consumir algún aislado producto cuando me acomete la tentación de renunciar a una activa parcela de la literatura en beneficio de otra. Como tales desarreglos han venidos repitiéndose con bastante frecuencia, he leído en estos meses más poemas de los previstos, es decir, que por lo menos puedo resultar un discreto observador de ese escabroso territorio en que pujan o languidecen nuestras últimas escaramuzas en materia de poesía. De todos modos, mal podría yo fabricar ahora un inventario, por muy esquemático y convencional que fuese, sobre las ediciones, sarao, traumatismos y demás gastos poéticos producidos en el país durante el ingrato año que acaba. Aunque me hago cargo que tampoco iba a interesarle a nadie la confección de ese anuario a lo divino, la verdad es que, por cuestiones de espacio, desconozco algunos libros recientes e ignoro otros por personales (aunque no intransferibles) razones electivas. Mis atribuciones como comentarista son, por tanto, de lo más arbitrarias, y sospecho que, una vez descartada la baladí tramitación de ningún tipo de censo (cuya plausible agencia debe corresponder a los especialistas en *morceaux choisis*), lo único que buenamente puedo permitirme es aventurar algunos juicios más o menos globales en torno a la cuestión.

No voy, pues, a tener en cuenta las fortunas y adversidades de unos libros determinados, sino el particular registro de ciertos repertorios de valores que me parecen especialmente ilustrativos para seguirle la pista al comportamiento cultural de la poesía en lengua castellana durante 1970. Entiendo que es un sistema, tan poco válido como cualquier otro, para intentar engranar con una mínima aproximación lo que se

llama un desequilibrio histórico y lo que suele conocerse con el nombre de una encrucijada poética. Permitaseme añadir que no lamento carecer de una instrumentación crítica más aceptable para proceder a ese rastreo, probablemente porque las pocas ideas claras que tengo sobre literatura las reservo para el ejercicio de mi propia literatura.

Las modas culturales y las trampas de la mitología

Me inclino a pensar (contando con lo ilegítimo de esta clase de generalizaciones) que una de las más sedicentes tramoyas que enmascaran los dispositivos estéticos de nuestra poesía última es la de su cohabitación con una concreta moda cultural. Se trata de algo que ha adquirido una especie de ostensible patente de corso en 1970. No es que el hecho me parezca grave, ni mucho menos insólito, es que su contagio doctrinal se me antoja más bien delirante. Ninguna actitud literaria tan proclive al conformismo reglamentado como la de la obediencia, digamos escolástica, a ciertas pendulares inducciones del gusto. No soy tan cándido que niegue se está produciendo —que se ha producido— un higiénico y estimulante cambio de sensibilidad, pero, ¿cómo ha acusado la poesía ese premio suministro de datos en torno al replanteamiento cultural de una nueva confluencia estético-sociológica? Hay fórmulas, ceremonias, taquicardias poéticas que parecen haber quedado ahora automáticamente amparadas por un pacto con la moda, cuya más sutil cláusula es la de reclamar el estandarte de un nuevo método de crítica de la vida. Todo resultaría perfectamente acreditado si no fuera porque, en términos generales, esa tentativa inaugural ha estado montada sobre las cuñas de una regresión estética con ilusorio ropaje vanguardista. El nuevo método crítico contendría, en este caso, el mismo grado de innovaciones que supuso (con perdón por el simil y con permiso de Susan

Sontag) la actualización de ciertos móviles de la cultura indígena provenientes de un gusto *camp*. Lo cual es ligeramente contradictorio o, en el mejor de los casos, insuficientemente frívolo. Y ya se sabe que toda lícita frivolidad exige un tratamiento más serio, para que no se confunda con el esnobismo.

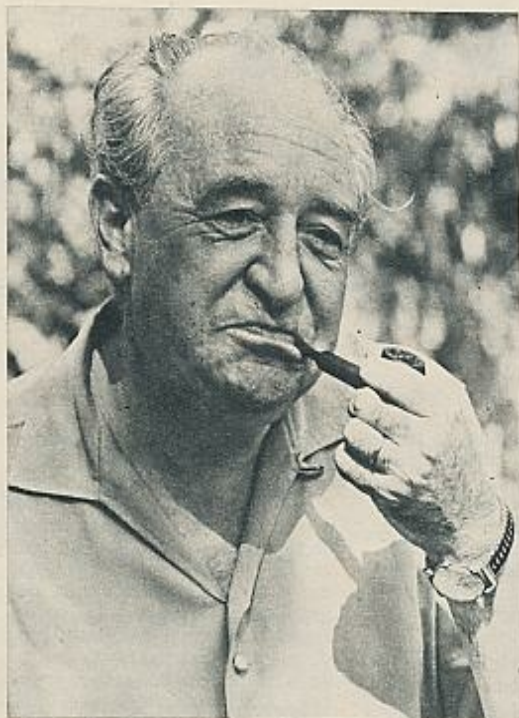
Creo que nadie duda de la saludable e indefectible lógica que moviliza cualquier afanoso demantelamiento de cuanta literatura haya sido erosionada por la historia o por el mal uso dado a su presunta fuerza motriz. Eso de la ruptura periódica es una actividad constitutivamente inherente —como nos enseñan los manuales— a la evolución cíclica de todo arte literario. En cierto abrupto modo, mucho de lo que está ocurriendo hoy en nuestra poesía (si es que algo ocurre) es lo que, según cálculos muy provisionales, acontece cada 33,33 años en el despliegue de toda confabulación de la historia con la poesía. Cualquier desacuerdo en este sentido sería insensato, aunque a muchos les resulte un fenómeno biológico alarmante el hecho de que a una generación pueda sucederle otra. Sería fácil argumentar, por otra parte, que las crisis que tardan en solidificarse más de lo prudente —como es el caso de la nuestra— arrastran una estimable dosis de materiales de aluvión y se fragmentan en formas concoldeas, circunstancia esta última particularmente turbadora para cualquier rectilíneo avance. Bien, esto importa ahora menos. Antes hay que contestar a una pregunta tenazmente incorporada a los arrabales culturales más frecuentados por nuestra poesía en 1970.

¿Se ha solventado ahora, precisamente a través de unos supuestos conatos de ruptura, cierta reiterada incapacidad para eludir los escamoteos y artificios que proliferan en esas crisis literarias no resueltas del todo? Yo creo cautamente que no. Por supuesto que sólo estoy refiriéndome a un rango de acciones poéticas intrépidamente revolucionarias, dotadas de las correspon-

dientes infracciones de tráfico y sorpresas experimentales, y no a la mínima y dulce ecuanimidad, a la bien guarnecida fábrica de bellos y cuerdos productos donde se sigue abasteciendo buena parte de nuestra poesía. Por esos emotivos andurriales hemos llegado a preciosismos y juegos de ingenio muy generosamente asociados al consuetudinario horror de la obra bien hecha. Pero como ese cómputo de accesos al nihil obstat de la purificadora tradición sólo afecta a sus legítimos depositarios, tampoco voy a pronunciarle ahora a este respecto. De lo que se trata es de averiguar hasta qué punto se ha conseguido hoy dignificar un sistema de correspondencias estéticas precariamente manipulado en los últimos años y en qué medida esa dignificación supone una ruptura o no va mucho más allá de un inteligente programa de restauraciones.

La ya trasnochada plática de familia en torno a los usos, abusos y responsorios del llamado realismo social, crítico, objetivo, etcétera (que seguí en su día, con la debida desatención), logró algo que palmariamente no se proponía, esto es: contribuir al funcionamiento acelerado de unas nuevas trampas mitológicas. No está de más recordarlo ahora, a pesar de su desapacible tufio didáctico. Por lo pronto, unificar a los escritores de mi promoción, según el rasero de los más obnubilados por una urgente asignatura de geopolítica literaria —aprendida a intensivas promiscuidades con la ética y, lo que es peor, estimulada por muy enterizas preocupaciones extraliterarias—, denota ya una considerable tendencia a la miopía. Si para algunos hablar de estética pudo equivaler entonces a una especie de provocación contrarrevolucionaria, para otros era bastante congruente la evidencia de que la única resultante literaria válida de toda revolución social (bien entendido el *lapsus calami* geográfico) era la revolución estética que podía operarse en la literatura. Con independencia de otras justificaciones históricas o de emergencia moral, lo que quiero decir es que esos parcia-

ULTIMAS ESCARAMUZAS



GABRIEL CELAYA



JOSE HIERRO

LA YA TRASNOCADA PLATICA DE FAMILIA EN TORNO A LOS USOS, ABUSOS Y RESPONSORIOS DEL LLAMADO REALISMO SOCIAL LOGRO ALGO QUE NO SE PROPONIA: CONTRIBUIR AL FUNCIONAMIENTO ACELERADO DE UNAS NUEVAS TRAMPAS MITOLOGICAS.

les mitos puestos en circulación, a través del más tosco esquema realista, por la literatura de hace diez años, han sido sustituidos en parte, por la readaptación mitológica de nuevos lastres educativos, propiciados —si se quiere— por la acción refleja de una moda cuya aportación más respetable ha sido su propia falta de respeto. A mí, en el fondo, toda esta crónica de sucesos particulares me parece de lo más halagüeña y reconozco que hacía mucha falta esa descarada forma de trasvasar la agresión de la historia a la poesía, pero siempre que no se derive de ello, como una explosión por simpatía, la bonita y lamentable historia del dogmatismo esgrimido como arma para luchar contra otro dogmatismo.

Un paréntesis. Cuando Nora, Otero o Celaya (por hablar sólo de los viejos pioneros) trabajaban en su poesía más fervidamente política, Guillermo Carnero, Félix de Azúa o Vicente Molina debían de andar practicando ejercicios de redacción para ingresar en el Bachillerato. O dicho con palabras más nostálgicas: la «educación sentimental» de estos últimos formaba parte de un con-

texto lógica y fundamentalmente distanciado del que había promovido la tesitura social de aquellos. Entre unos y otros cabe el nada venturoso puente de los ciudadanos de mi edad doblados de escritores y cabe también el simulacro de una arribada a no sé muy bien qué divertidas morderuras de cola. Es muy distinto intentar rehacer una continuidad cultural —la de la anteguerra—, bruscamente interrumpida por un sanginario estancamiento de la historia (y estragada a renglón seguido), que efectuar ese rescate considerando que muchas de sus peripecias pertenecen ya a la prehistoria. Hay registros de nuestra literatura contemporánea que empiezan a enturbiarse gracias a la metódica simplificación de sus interpretaciones.

En realidad, los poetas que empezaron a darnos a entender (a los que éramos niños en la guerra civil, etc.) que ya íbamos desplazándonos de una juventud en lucha con las contradicciones de su mala conciencia, lo hicieron recuperando, con aleccionador cachondeo, muchas de las reliquias que, casi por los mismos años en que se malmaridaban política y literatura, constituían

parte integrante de la mezquindad cultural del país. El procedimiento que utilizaron para canalizar sus represalias contra el medio no fue muy diferente al empleado por algunos de nosotros. Acaso lo único que se alteró fue el orden de los factores temáticos elevados a mitos. Claro que ahora, como entonces, también se ha procedido a una particular forma de exorcismo. Hace años, el vehículo de la cólera era un determinado caos social; hoy, acaso sea la escapada de ese caos hacia otras degradaciones. Muchos penosos, obsoletos, casi inocentes emblemas del consumo de una sociedad no del todo parálitica en virtud de su propia inercia, adquirieron paulatinamente, en sustitución de otros anteriores despojos culturales, una virulenta rebeldía lingüística para ser esgrimidos como corruptos trofeos de esa misma sociedad. Me resisto, sin embargo, a aceptar que todo ese sórdido repertorio educativo de los *mass media* sea utilizado como diagnóstico de una nueva manera de actuar de la poesía. Todo el mundo sabe, y supongo que algunos no sin melancolía, que hay afanes iconoclastas que

se mantienen con la invención de un culto a nuevos ídolos. Si me permito esa aparente impertinencia (o ese síntoma de poeta no joven) es porque creo, con absoluta certidumbre, que la impertinencia de la poesía que sí es joven, sus iracundas respuestas a tantos sacralizados productos de la ramplonería y el maniqueísmo, pueden aportar más fecundas y futuribles resultantes. A lo mejor, incluso ya las ha aportado mientras lo niego.

Rupturas, enlaces, aportaciones y otros círculos concéntricos

Hasta que no se demuestre lo contrario, la poesía castellana del último medio siglo ha vivido un poco de las rentas, es decir, se acomodó a un buen pasar sin proceder más que a algunas escasas y muy poco radicales conquistas. Sospecho que todos somos un poco conscientes de ello. En cierta importante medida, disponemos hoy de un no menguado caudal de herencias, cuya conservación se propaga, sin mayores altibajos y para escarmiento de pródigos, desde los años veinte (o quizá desde antes). No me refiero, desde luego, a los movidos trámites de la sensibilidad, sino a algunas concretas manipulaciones expresivas. Las quiebras en este terreno vienen dadas, si acaso, muy intermitentemente, en forma de pasajeras figuras de meditación y referidas, por lo común, a cambios repentinos de usos temáticos y rara vez a la reforma en profundidad de los mecanismos indagatorios del lenguaje. Conviene no perderlo de vista cuando va a comenzar el por otras razones imprevisible año 1971. Yo creo, con las debidas salvedades, que desde un buen trecho de la obra de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado a otro buen trecho de la de los «novísimos» agrupados por Castellet, nuestra poesía se ha entregado a muy restringidas e hipotéticas aventuras, aún más mediatizadas, sin duda, por los encarnizados acosos de nuestra propia historia social. Insistir en todo esto es ya tentar al maligno, cosa de la que me guardaré mucho.

Digamos que en la planificación de la poesía que más me importa, entre toda la que ha circulado por el país en 1970, intervienen dos principales clases de oficiantes: los que pretenden romper amarras sin lograrlo del todo y los que creen haberlas roto por el sistema de cambiar de nudos. Se trata, naturalmente, de un recuento muy apresurado y más bien interino, pero puede servir ahora como propuesta para más solventes auscultaciones. La verdad es que no existen distingos muy visibles entre unos y otros de los citados oficiantes y,

a veces, incluso pueden llegar a confundirse sus servidumbres literarias y sus particulares conductas. Algunos suelen ser, en apariencia, bastante poco aficionados a la poesía y es difícil que hablen de ella como de la mujer propia, dato este último ciertamente edificante. Sus edades oscilan entre los treinta y los cuarenta y cinco años, aunque también los hay algo más jóvenes y algo más provecetos. Por lo común, gustan de trasnochar y otras abyecciones, y es posible que alguno de los más irresolutos haya sacado la fortuita conclusión de que la palabra militante tiene una subrepticia equivalencia con un gusto poético vagamente pasado de moda. En general ya han resuelto lo que hasta hace poco no: zanjar el viejo y poco estable pleito entablado entre el quehacer literario y la actuación social. Los hay también que abominan de la bebida, padecen de sobresaltos repentinos y se muestran conspicuos y meditados. Estos últimos tienden a un intenso cultivo del género epistolar, a la fornicación imaginaria con la fama y a las tertulias literarias en familia. Su número es, sin embargo, muy exiguo y, además, no son nada sospechosos de connivencia con la *gauche divine*. Bien, aparte de todos estos divagatorios marchamos, ¿de qué modo han contribuido a la fijación de un presunto y remozado ámbito para el venidero hospedaje de nuestra poesía?

Resulta inevitable recordar algunos de los más significativos recobros poéticos suscitados últimamente. Como primera medida, hay que hacer hincapié en la oportuna readmisión en las trochas castellanas de los *Cantos de Maldoror* y, a renglón seguido, en las pertinentes puestas al día de algunas obras de poetas mal valorados o insuficientemente conocidos, como pueden ser los poco concordantes casos de Luis Cernuda, Juan Larrea, Luis Rosales o Carlos Edmundo de Ory. In-



VAZQUEZ MONTALBAN



PEDRO GIMFERRER

CUANDO NORA, OTERO O CELAYA TRABAJABAN EN SU POESIA MAS FERVIDAMENTE POLITICA, GUILLERMO CARNERO, FELIX DE AZUA O VICENTE MOLINA DEBIAN DE ANDAR PRACTICANDO EJERCICIOS DE REDACCION PARA INGRESAR EN EL BACHILLERATO

teresa aludir, al mismo tiempo, a los resultados de la encuesta sobre poesía publicada en el número que dedicó *Cuadernos para el Diálogo* a la literatura española de posguerra. Fueron consultados poetas de muy distinta edad y filiación sobre las obras que consideraban más representativas dentro de ese período. El escrutinio de las respuestas, aun dentro de las limitaciones testimoniales propias del caso, arroja un buen porcentaje de luces sobre los rumbos preferentemente elegidos por la poesía actual. Las citas más cuantiosas se refieren a la generación del 27: Cernuda, Aleixandre, Alonso y Guillén, por este orden y con manifiesta prioridad numérica a favor del primero; Blas de Otero no les va a la zaga, y a poca distancia y a un mismo nivel quedan Luis Rosales, Salvador Espriu, Hierro y Gil de Biedma. La balanza de predilecciones acusa una doble imantación, que parece corresponderse con las rupturas y enlaces a que antes me referí. Se hacen más notorias, por un lado, las búsquedas de nuevas equivalencias entre lenguaje y reali-

dad y, por otro, la exploración en un territorio ya abonado para extraer lecciones aprovechables. La casi unánime rehabilitación de Cernuda —postergado hasta hace muy poco por una óptica malsana— es un episodio particularmente expresivo, entre otras cosas porque su obra sólo enlaza de una manera tangencial con nuestra propia tradición y, sobre todo, porque ese rescate supone una muy efectiva prueba de la revalorización artística de la poesía llevada a cabo dentro de su última libertad de maniobras. Algo similar, aunque desde otra vertiente, podría decirse en torno a la juvenil atención —muy torpemente desvanecida hasta ahora— por la obra de Luis Rosales.

A la vista de este cuadro de afluencias, tal vez podría aventurarse algún posible indicio donde se articulen los dispersos y más significados tramos de la poesía última en lengua castellana. En cierto modo, es posible que sólo pueda hablarse de una traslación del polo de incentivos temáticos (sin que ello signifique ninguna alusión al deliberadamente desdichado epígrafe «De Yvonne de Carlo a Ernesto Guevara» utilizado por Castellet) y en ningún caso de una sorprendente novedad dentro de la más o menos aguda persistencia de fórmulas experimentales. Los reajustes llevados a cabo por los mejores poetas jóvenes, como ya sabe cualquier aficionado a las estadísticas, se fragmentan a partes proporcionales entre los triunfos del modernismo y del surrealismo, pasando por esa otra frontera donde vivificaron su crédito y potenciaron su exquisitez las orquestaciones verbales arábigo-andaluzas. Y no es casual que todo ello se planteara de acuerdo con una técnica de collage endiabladamente próxima al principio de Empédocles de que todo lo que no pesa se reúne para caer. Pero eso, en última

instancia, pertenece a la esfera de lo estrictamente episódico.

Los enlaces de estos poetas últimos con los precedentes y, al mismo tiempo, las conexiones entre éstos y los anteriores, que, a su vez, aparecen vinculados a los más viejos, etc., es muy fácilmente rastreable. La generación del 27 reactiva unas fuentes poéticas que —quién lo duda—, después de nutrirse de cierta remozada tradición nacional y de otros oportunos magisterios extraterritoriales, expande sus bifurcaciones a lo largo de nuestros últimos sombríos trechos históricos. No me refiero ya a ningún correlativo orden de despliegue, sino a la pulsación de una trayectoria estética cuyas interrupciones o cambios de sentido giran un poco en función de unos alumbramientos experimentales localizables aún en aquellas fuentes. A lo mejor se trata de un natural fenómeno de ósmosis o, si se prefiere, de una filtración de recursos a través de lo que podrían llamarse hereditarios —aunque no siempre armónicos— gobiernos de triunviros (verbigracia: Rosales, Vivanco y Panero; Otero, Celaya y Nora; Hierro, Valverde y Bousño, etcétera). Las disidencias de los francotiradores —algunas de ellas nada volátiles— y las banderías de adictos a las «imperiales carroñas» —todas ellas diez-madas—, no parecen incumplir mayormente el precepto.

Ahora mismo —a treinta años del siglo XXI: increíble cómputo— esa red de vasos comunicantes persiste de alguna letárgica manera, aunque se hayan modificado (modernizado) ciertos sistemas de inducción. Sin ir más lejos, entre un Gil de Biedma y un Vázquez Montalbán, entre un Valente y un Molina-Foix, entre un Barral y un Félix de Azúa, entre un Ángel González y alguien que provisionalmente no es ni Guillermo Carnero ni Pedro Gimferrer, los propósitos y tramitaciones dentro de la actualizada formulación de una poética, aun sin ser intercambiables, coinciden en los generales modos de entender que nueva violación crítica del lenguaje hay que concebir para que la poesía escape de la servidumbre a que la somete la historia. Claro que eso es casi un despropósito, pero también es una apetecible y peligrosa forma de respuesta. A mí me parece que, en este sentido, la más disolvente amenaza que convive con nuestra poesía última es su escasa capacidad para arriesgarse en cualquier aventura y su más escasa dosis de nocturnidad. Una vez retiradas de la circulación las templanzas, mesuras y demás equilibrios florales, la poesía puede y debe recobrar su propio sentido del pánico, tal vez con la única condición de que no cunda. ■ J. M. C. B.



CARLOS BARRAL



ANGEL GONZALEZ